

XXII

Donde San Antonio habla al corazón



MERCED á los buenos oficios de don Ezequiel, los papeles de ambos contrayentes estuvieron despachados muy pronto. Tomáronse los dichos y corrieron las amonestaciones, mientras en casa de don Lucas se acabó de alhajar la conyugal estancia con todo el lujo que pudie-

ron permitir el bolsillo y el orgullo de los Igualadas, que fué bastante. Cada vecino dispuso la dádiva con que era su voluntad obsequiar á Manuelilla el día de su boda, y las mozas casaderas tuvieron tiempo sobrado de ejercitar la lengua, vilipendiando á la novia (en cuyo pellejo todas hubieran querido hallarse) y al novio (de cuyo donaire y de cuyos cuartos todas hubieran querido llamarse poseedoras). Pero nadie finge desprecio como los envidiosos, y así es que no había que hablar á las mozas: todas daban á Esteban por dos cuartos y á Manuela por un ochavo.

Con tales ocupaciones y entretenimientos, el pueblo no hizo gran caso de la desaparición de Faquimo. Además, ya le contaba la mayoría de las gentes como perdido, suponiéndole á muchas leguas de tierra, pues Membrillo estuvo cuatro días ausente buscándole, y consiguió tanto como cuando fué con el cura. Y cuidado, que el tal secretario del Ayuntamiento de Villembrines tomó muy en serio su papel. «Ese se habrá embarcado para las Américas, donde querrá hacerse rico», decían unos de Faquimo. «Vaya, ya se mantendrá con cualquier industria». «Se habrá ido á la corte». «Puede que ande con gitanos ó gente de mal vivir», suponían otros. «Ya no se le vuelve á ver más el pelo por aquí», añadían muchos. Sólo Manuelilla sabía que volvería: Dios sabía cuándo, pero volvería. Antes faltara el sol del firmamento.

Y con estas y las otras llegó la vispera de la boda, que iba á ser un domingo poco antes de Santiago. Todo estaba ya dispuesto: la ropa de la novia acabada, el traje de boda, que era de rica seda negra, también; y Esteban tenía su capa nueva, que á pesar de correr el mes de Julio, pensaba casarse con ella sobre los hombros. Era de rito en el lugar, y faltarle hubiera sido ofender la buena memoria de las dos generaciones anteriores. Aquel último día fué ocupadísimo para todas las personas que intervenían en el negocio. Á todo el mundo se invitó menos á los de la Granjilla. Al fin llegó la noche de aquel memorable sábado y todos se acostaron, como el que después de haber hecho grandes preparativos en una experiencia cualquiera, respira al cabo y descansa esperando el éxito.

La única que tardó en acostarse fué la novia, pues movida por una corazonada que le vino á dar ánimo y resolución, escurrióse sin otra luz que la de un macilento candilejo que en la mano llevaba, al salón donde estaba la imagen de San Antonio, y puesta de hinojos,

llorando dirigió al santo una apasionada plegaria, poniéndole por intercesor para que la boda no llegara á efectuarse, bien porque cualquier acontecimiento inesperado la descompusiera, bien porque ella pudiera llevar á cabo alguna treta ó añagaza que en aquella circunstancia le parecía no sólo lícita sino necesaria. Como esto último es lo que le parecía mejor, pidió al santo, con desesperado anhelo, que iluminara su ofuscada mente, pues ningún medio se le ocurría para librarse de aquella epístola de San Pablo que al día siguiente caería sobre ella como una sentencia de muerte ó anatema nefando; peor que si el apóstol le atravesara el corazón con la tremenda espada que tenía entre las manos en la efigie que de él podía verse en un altar de la iglesia. No por Dios, San Pablo no podía consentir estas cosas, estaba segura de ello, el corazón le decía que San Antonio no le negaría su protección.

No ha sido posible averiguar si San Antonio confirió con el Apóstol y ambos acudieron en súplica á la Virgen de los Cardos; pero la prueba evidente de que algo de esto debió acontecer, es que Manuelilla después de rezar al Santo sintió su ánimo más tranquilo y su mente más serena y pronta á discurrir con claridad. Hela ahí en paños menores sentada sobre la cama como se sientan en la iglesia las de su sexo, con los desnudos y esculturales brazos caídos y las manos cruzadas con abandono sobre las rodillas. Á la débil luz de una mariposa, que flota sobre amarillo aceite hundida en el ancho tazón que está sobre la mesa de pino que hay frente á la cama, el rostro de Manuelilla y su garganta, y la parte del seno que descubre y limita la puntilla de la camisa, tiene la palidez de la cera. Sus ojos, como sin vida, antes absortos que tristes, miran el vestido negro de seda, que extendido se halla sobre dos sillas, y los estuchitos que hay encima de la mesa, guardadores de los pendientes de oro, re-

galo de don Lucas, y la gargantilla de perlas con que aquel mismo día la obsequió el que va á ser su marido. Pero Manuela, aunque lo mira, no lo ve.

Así estaba, sí: que mirando en otros lugares, no que en la alcoba, estaban absortos los ojos de su inteligencia, y cuando esos miran, ni ven los de la cara, ni oyen los oídos, ni siente ninguna otra parte del cuerpo, en que la sensibilidad sea facultad propia. ¿En qué pensaba?

«Faltan muy pocas horas — decía su razón — cinco nada más... Y me pondré ese rico vestido de seda, y esa corbata de encaje, y esa gargantilla de perlas, y esos pendientes de oro. É iré á la iglesia y me confesaré... ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué le voy á decir á don Ezequiel cuando me pregunte si no quiero á otro, si voy de buena fe á ser la esposa del Esteban?... Y luego me casaré con él... ¡Con él á quien aborrezco!... ¡Y él será mi marido! ¡Mi dueño!... Su voluntad tendrá que ser la mía también. Viviré sujeta á su tiranía... ¡Á su tiranía, sí! Porque me preguntará si le quiero y habré de contestarle que sí; porque me dirá que le sirva y agasaje y habré de servirle y agasajarle; porque me dirá que no quiere que haga esto ú lo otro y tendré que hacer lo que él quiera. Y así hasta que venga Tomás; pero entonces... como mi palabra de casamiento no es palabra, como ese hombre no será mi marido aunque lo crea, me iré, sí; me iré con Tomás. Con Tomás que me quiere de veras, con Tomás que es mi marido. Pero ay!...» Manuelilla se estremeció porque era tan espantoso lo que iba á decir su razón, que sólo de presentirlo tenía miedo.

«Pero si hago eso — continuó su razón — dirán que soy una mujer mala, porque abandono á mi marido. ¿Y qué me ha hecho él? Nada: él es bueno, es instruído y ha recibido educación; pero yo no le quiero. Él no tiene la culpa, no, la tiene mi tía...»

«¡Ay! ¡si viniera mi madre! ¡Mi pobrecita madre! ¡No me casaría, no!... ¡Ella era muy buena! — dijeron

entonces sus labios, muy quedito. Y la razón repuso: «Y mi madre que está en el cielo me va á ver que engaño á ese hombre, y engaño á la tía, y engaño á todos; y que mañana cuando me confiese con don Ezequiel ¡engaño á Dios!... Bien, que Dios ya ve que en el fondo de mi alma está escondido este amor por Tomás: que es un amor muy puro; ¡un amor en que hay algo de Dios! ¡Sí, hay algo suyo! Y ve también que yo no tengo la culpa de nada de esto, no, porque me obligan; me llevan por fuerza... Pero Dios me dice que no engañe á nadie, que no haga mal á nadie, más que me le hagan á mí; porque todos somos hermanos y todos nos debemos querer. ¡Qué bien si así fuera! Cuando yo pienso en lo mucho que quiero á Tomás, pienso también qué hermoso sería que todos nos quisiéramos, aunque no como nos queremos Tomás y yo; pero que no hubiera hombres ni mujeres malas; que nadie usara venganzas, ni nadie tuviera secretos, sino que todos fuéramos muy buenos y que todos nos quisiéramos mucho...»

Entonces hablaron sus labios.

«¿Porqué no somos todos muy buenos, Virgen de los Cardos?—murmuraron mientras levantaba sus manos y las cruzaba con fervor sobre el pecho, y se incorporaba sobre las rodillas, y fijaba la mirada limpia y angelical en el techo, como si de allí á través viera la Divina Señora.—¿Por qué todos no nos queremos mucho? Ay, Virgen, yo quiero ser muy buena y yo quiero querer á todos. Mi tía me ha hecho mal, pero yo quiero que la perdonéis, Virgen mía. Y que me perdonéis á mí que iba á ser tan mala, que me iba á casar para engañar á ese hombre. Porque ya no me caso, no. Yo le dí palabra de casamiento; pero no importa, no me casaré. ¿Verdad, Virgen, que me mandáis que no me case? No me caso. Diré á todos que quiero á Tomás. Y si me mandan á servir á Madrid ú á otra parte, iré á servir; pero no engañaré á nadie. ¡Ay, Vir-

gen de los Cardos, qué mala iba á ser!... ¡Perdón, Dios mío, perdón!...»

Y al tiempo que esto decían los labios de Manuelilla, aquella montaña de hielo que su extraviada inteligencia acumulara sobre su tierno corazón, se deshela, desaparecía.

La inocente pecadora cubriase con ambas manos el rostro, é inclinándole hasta apoyar su frente sobre el lecho, lloraba...

De pronto se irguió como herida por el rayo; y en verdad, el rayo del pensamiento, rápido y luminoso, acababa de cruzar por su razón. No necesitó más: con decisión inquebrantable pasó las manos por los ojos, muy aprisa, cual si la molestara el llanto, se bajó de la cama y en dos credos se puso una enagua, y una chambrá, y unas medias azules, y unas ligas encarnadas, y unos zapatos, y el zagalejo amarillo de lugareña que desde los amores con Esteban no se había puesto; después un pañuelo de talle y otro de cabeza, y sin más se dirigió hacia la puerta.

Abrióla con extraordinaria precaución, para evitar el chirrido de los goznes: de puntillas y con el silencio que cruzaría una mariposa, cruzó la habitación contigua, salió al pasillo, y á tientas tomó la escalera: abajo pasó una estancia, y después otra y luego otra, cuyas puertas sucesivas fué cerrando, y respirando con más libertad á medida que cada puerta se cerraba tras ella; al cabo halló otra puerta, cuya llave buscó palpando; desechóla con extremo cuidado de no hacer ruido y pisó el corral al tiempo que uno de los perros se lanzó sobre ella furibundo. Consiguió acallarle haciéndole caricias para que la conociese y se fué á dormir; y temerosa de que la alarma del perro hubiese despertado y avisado á alguien de la casa, se escondió tras de unos tablones que estaban recostados en una pared.

Aguardó buen rato; pero quiso Dios que nadie viera. El reloj de la iglesia dió las dos con tono tan

huevo y grave como siempre. La zagala salió de su escondite: latíale el corazón muy aprisa y le temblaba todo el cuerpo, cual si se hallase atacada del baile de San Vito; pero su decisión podía más que todo esto; tomó una escalera de mano que junto á los tablones había, afirmóla contra la tapia, y con presteza suma subióse por ella; despreciando las faldas, se puso á horcajadas sobre las bardas, luego de bruces, y suspendiéndose de las manos y buscando apoyos con los pies en los desconchados del muro, deslizóse hasta el suelo, donde dió un buen golpe cayendo sentada y arrastrando consigo trozos de ladrillo y yeso que se desprendieron con el roce.

¿Pero quién hacía caso de estas pequeñeces? Se levantó, y sobre las puntas de los pies corrió hacia el camino real, donde, más descuidada, corrió más aún, hasta que estuvo de la casa lo bastante lejos para que ni el mejor lince pudiera verla.

Entonces se sentó á orilla del camino para dar tregua á la agitación en que se hallaba, y suspiró con infinita complacencia. ¡Era libre!



XXIII

El problema

EN la tierra bullían y serpeaban las aguas del río pasando y repasando, nunca deteniéndose: viaje sin tregua ni fin; monótono murmullo que parecía decir, como el poeta dijo de la vida humana: *siempre andar, andar...* En el cielo, brillaban las estrellas con inmutable calma, con plácida claridad, con eterna sonrisa...

Manuelilla miró al cielo y sintió que en su alma entraba y se difundía aquel sereno bienestar y sutil goce, purísimo é incomprendible, que allí se admiraba y llenaba todo. Los ángeles se comunicaban con ella entonces. Paseó después sus ojos por la tierra, y se sobrecogió con temores y sobresaltos ignotos: todo estaba oscuro, incierto y medroso.

Suspiró, y poniéndose en pie, tomó río abajo con

decisión y serenidad. Ya no meditaba, ni lloraba sus pecados, ni se condolía de las miserias del mundo. En nada pensaba: que los ojos de su razón estaban fijos en un punto; y como si aquella decisión fuera negocio por demás discutido, iba tranquila (y más tranquila cuanto más adelantaba) recreándose ora en el cielo, que siempre le parecía hermoso, ora en la tierra, con cuyo silencio y oscuridad se iba conformando.

Así caminaba, sin sentir otro ruido que el de sus propias pisadas y el susurro de la corriente, cuando le pareció que de la orilla misma venía quedo rumor de voz humana, que cantaba al parecer. Contrariada por esto, amenguó su paso y acalló sus pisadas con cautela suma; y como llegase próxima al lugar de donde partía la que parecía canción, y aunque á nadie vió en aquel sitio, temerosa de ser advertida, se amparó de las matas que había casi en el lindero del camino, agachándose y andando con tal cuidado de no hacer ruido, que ni ella misma se sentía. Llegó á escuchar la voz tan distintamente, que pudo apreciar que aunque á media voz y como al descuido, cantaba en efecto, y que cantaba así:

«Un corazón de madera
tengo que mandar hacer,
que ni sienta ni padezca
ni sepa lo que es querer.»

No había duda: ¡era él! Manuelilla se irguió sobresaltada, desviándose hacia el camino súbitamente; detúvose allí, y estuvo indecisa y confusa por algún rato: queriendo huir porque así se lo decía el rubor; queriendo ir allá, porque así se lo mandaba la fuerza misma de su situación y de sus sentimientos. Pero ¿qué hacia él allí y á aquella hora? ¿No estaba perdido? ¿No estaba lejos? Y la voz era la suya. Cantaba dis-

traídamente, pero la canción tenía un sentido muy profundo, muy trascendental. Al cabo, Manuela se decidió á acercarse. Al principio andaba con miedo; pero luego tomó resolución para revelar su presencia, y ya llegaba cerca, aunque los matorrales la escondían aún, cuando él se alzó de entre ellos y gritó con brío echándose un garrote al hombro:

—¡Quién va!

Entonces Manuela, que sobrecogida al pronto, se detuvo involuntariamente, corrió hacia él, y con una especie de júbilo salvaje, le dijo en voz queda:

—¡Soy yo! ¡soy yo!

Es decir, soy yo, que no me caso; soy yo, que cumplo lo jurado: esto significaba su exclamación.

El mozo entonces dejó caer los brazos, y como si en ellos no tuviera fuerza, dejó caer también el garrote; y con asombro tan extraordinario, que parecía hasta entorpecerle el habla, murmuró con trabajo:

—Pero... eres tú, Manuela?...

—Sí, yo soy, yo! ¿No me ves?—dijo ella con el mismo júbilo y ardor.

Él la miró de alto á bajo, como si no pudiera dar crédito á sus ojos. Después de una pausa, durante la cual fué agitándosele visiblemente la respiración, con trabajo, y cual si se aniquilase su espíritu, dijo despaciosamente, dibujando desdeñosa sonrisa:

—No: si tú te casas mañana, Manuela...

—¡No! ¡no!—exclamó ella con firmeza é indignación heroicas.—¿No sabes que te lo he jurado, Tomás?

Tomás al oír esto experimentó una sacudida nerviosa, cual si le hubiera herido la corriente de una pila de Volta. Retrocedió, y todo fué á un tiempo: arrancar de su faja, despechado, un objeto reluciente que lanzó lejos de sí, caer de rodillas, llevar sus crispados dedos á la cabeza, mesar sus cabellos con desesperación lastimosísima, y poner los ojos en el cielo, gri-

tando y balbuceando imprecaciones y blasfemias. Manuelilla, aterrorizada, vió en aquel rostro que de lleno iluminaba la luna, dando brillantes á los turbados ojos, vió, decimos, las contracciones nerviosas que preceden al llanto, y vió que entre angustiosos sollozos las lágrimas brotaron al fin, copiosísimas, ardientes, tumultuosas, con desolación amarguísima. Entonces, como poseído de vértigo demoniaco, el pobre Tomás se irguió y humilló repetidas veces, golpeó el suelo con manos y frente, lloró y gritó, aunque sin fuerza ni brío, porque su congojoso llanto le ahogaba, llamándose vil y miserable; pero todo esto de manera tan confusa, que nada pudo comprender la zagala.

No por esto faltóle decisión para coger el objeto que había arrojado Tomás y contemplarlo con espanto entre sus trémulos dedos, que repugnaban retenerlo. Era una navaja.

—¿Qué es esto?— gritó presentándosela al mozo.— ¿Á quién querías matar, desdichado?

El mozo se arrastró de rodillas hacia ella, le arrebató la navaja y tiróla al río con indignación, gritando:

—¡Calla, Manuela, calla!

Y para más fuerza dar á esta frase, que repitió muchas veces entre sollozos, abrazó fuertemente la cintura de Manuelilla, y se oprimió el rostro contra su cuerpo.

Así estuvieron algún rato. Ella lloraba también.

Después, Tomás, alzando el rostro, puso una mirada tiernísima en el de ella, y murmuró:

—¡Dijiste bien, sí! ¡me lo has jurado! ¡Me quieres siempre!...

—¡Siempre, Tomás!—contestó ella.—Por eso me he escapado. ¡Me he escapado de casa!

—¡Bien hecho! ¡Eso se hace cuando se quiere de veras!

—Pero, dime, pobre Tomás: ¿querías matarme?

—¡Calla!—clamó con espanto.—Á ti no, á él! ¡Á él, esta mañana cuando saliésteis de la iglesia!

—¡Jesús mío, qué horror! ¿Pero no ves que ibas á ofender á Dios?... ¿Que te hubieran cogido?

—Me era igual—gritó con imponente brío.— ¡Él no había de ser tu marido!

Transcurrió una pausa silenciosa, durante la cual se consolaron y repusieron ambos.

—Bueno—dijo ella al fin.—Hablemos despacio. Cuéntame qué ha sido de ti. Ven: sentémonos aquí.

Hiciéronlo junto al río. Tomás habló así:

—Te dije, que más que te dijeran lo que te dijeran de Tomás, no desconfiaras de volverlo á ver ni...

Ella le quitó la frase de los labios.

—«¡Ni pienses que no te quiere!» Y antes hubiera yo pensado que el día no era día ni la noche era noche.

—Ya lo sabía, Manuela. Pues bien: te juré que no serviría al rey, y por esto me fuí del pueblo. Llevaba mi plan. Me escapé de noche; pero como amanecía casi, cuando pasé de Abroca, pedí posada al ermitaño que cuida la Virgen del Molino, y en la ermita estuve todo el día. Pero el tal ermitaño á la cuenta adivinó que algo me pasaba, pues se empeñó en confesarme. Me confesé: díjele mi propósito, le hablé de mi situación y preguntéle qué debía hacer para que la justicia no diese conmigo. A él todo se le volvía decirme que no fuera loco, que me viniera y fuése al ejército, que él me levantaría el juramento; y que cuando volviera de ser soldado, entonces me podría casar contigo; y que si te casaban entre tanto, que tuviera paciencia para sufrir el engaño; y que mirase bien si tú me pertenecías ó no, siendo yo un mozo de labranza y tú tan bien hacendada como yo le decía.

—¿Qué contestaste?

—¿Qué había de contestar? Que tú estabas en quererme, mas que yo me marchara á la fin del mundo y

me estuviera allá cien mil años; que el irme á ser soldado y separarme de ti, tal vez para no verte más en los días de la vida, pues me podían matar en la guerra, era igual que si me diera muerte, porque no podía vivir sin verte, tan bonita como eres y tan buena; que si me iba, de fijo me enterraban en cuatro días; que yo iba á buscar dinero para librarme, donde sabía que me lo habían de dar (esto ya te lo explicaré á ti después); y que además, aunque yo no tuviera interés por ti, no quería ir á ser soldado, ni me harían ir por Dios ni por los santos, porque eso de marchar á la guerra con un fusil á matar hombres, no era cristiano ni podía serlo nunca, más que lo mandara quien lo mandase.

—¿Y él, qué te dijo?

—Nada; que volviera y que volviera, que era lo que más cuenta me tenía: que me iban á coger sino, y sería peor. Pero yo no quise hacerle caso, y cuando anocheció, recé á la Virgen y le dije que ella bien vía mi intención y, así, que me sacara del embroque con bien y presto, y me acompañara en mi viaje por riscos, breñas y montañas hasta donde yo me encaminaba; y luego me partí, dejando al bueno del ermitaño muy angustiado. Abrazandome y soltando cada lagrímón como un garbanzo (que le corrían por aquellas barbas que tiene, que daba lástima), me dijo: — «Hijo mío, yo soy pobre y no puedo darte dinero, y mis consejos Dios no quiere que los oigas ahora; pero acuérdate de lo que te he dicho: vas muy ciego. Si los hombres no fueran tan malos, no habría guerras ni necesidad de ejércitos; ni tan solo te hallarías tú en el mundo, que tendrías padre ó madre que te librara. Pero por eso mismo de que todo es maldad y toda miseria, habemos de tener paciencia en los trabajos de la vida, pues Jesucristo padeció por nosotros ¡y eso que Él era tan bueno y nosotros tan malos!» — En fin,

Manuela, que yo también hice pucheros y abracé al ermitaño como si fuera mi padre. Me echó la bendición, y me fuí con el corazón como una avellana...

—¿Pero adónde ibas?

—Á eso voy ahora. Tú te acuerdas de un señor muy rico que estuvo aquí hace dos años y medio, por ahí, que le llamaban el Indiano de Valdemoruelos? ¿Y te acuerdas de que tenía un hijo, ya mocito, á quien quería mucho, el cual mocito corriendo por el río, en un barquichuelo, un día de tormenta, volcó con el barco y yo le saqué del agua?

—Sí, sí me acuerdo. Y que el indiano quiso darte no sé qué montón de oncitas que tú no quisiste recibir.

—Justamente: el buen hombre quiso darme no sé cuánto dinero ó tomarme de criado; pero yo no quise ni lo uno ni lo otro. Entonces me llamó aparte y me dijo: «Tomás, si alguna vez te ves apurado, no tienes amos ni qué comer, ó te sucede cualquier cosa, ven á mi y tendrás todo lo que necesites y mucho más». Y recuerdo que como aún estaba con la emoción del susto y estaba llorando, me besó con mucho cariño, y en fin, que se le conocía á él que me decía todo aquello de corazón y me había tomado simpatía. Pues bien, á buscarle fuí. Pero después del viaje, hecho á pie, sin comer, pues sólo llevaba los mendrugos duros que me dió el ermitaño, llegué á Valdemoruelos, que está á veinte leguas, que no me conocía de pálido, rendido, triste y desaseado. ¡Pero ay! ¡Qué lastimosa suerte tuve, Manuela! Cuando llegué, supe que los carlistas habían saqueado el pueblo; hacía dos días que todos estaban pereciendo y que habían robado cuanto tenía á don Melchor el indiano. ¡Cómo me lo encontré! ¡Qué angustiado estaba! ¡No parecía el mismo! Su hijo, del susto (porque en poco si no lo fusilan por querer ocultar el dinero de su padre) le había dado un accidente que le tenía como paralítico, y con el ham-

bre que sufrían estaba medio muriéndose. El padre me dijo que si nada podía hacer por mí, que me quedase, pues al menos me ocultaría, hasta que un su amigo, vecino en un pueblo inmediato, le diese un dinero que pensaba pedirle, del cual me daría para librarme y algún piquillo para cuando me casara contigo. Y como él quería ir á la corte, con unos parientes que allí tiene, quería llevarme á su servicio. Pero aquellos planes eran castillos de naipes, que se dice vulgarmente. Su amigo no pudo darle tanto dinero cuanto don Melchor le pidió. En resolución, que cuando yo con él me estaba, á pesar de todo, supe que un arriero recién llegado á la posada venía de aquí. Le pregunté por ti y me dijo que te casabas esta mañana. ¡Ya no ví más, Manuela! Me puse ciego: no tuve otra idea delante, que él! ¡Él siendo tu marido!

—¡Calla, por Dios!

—Yo confiaba en lo que me habías jurado, pero más que sabía lo inclinada que me está tu voluntad y que á él no le querías nunca, yo me decía:—La obligarán á casarse. Otras veces me tentaba la idea de que ibas á faltar á lo jurado y entonces... Manuela, no te espantes: ¡Te odiaba! No esperé más y me vine con el tiempo para llegar hoy. ¡Qué aborrecimiento tomé por ese hombre! ¡Dios me perdone, Manuela; pero yo quería matarle! ¡Qué ideas más horribles se me ponían durante el viaje! ¡Qué cosas! Ni yo me conocía: parecía así como un animal ó como una fiera. Comenzaba á hablar solo y le insultaba á él y á ti y á mí y á mis padres, que nunca conocí, y á Dios que me dejó nacer... ¡Mira tú qué bestialidad, si estaría yo loco! ¡Dios mío qué cosas más atroces!

—¡Tomás, calla! No digas eso, que me da mucho miedo de oírte—murmuró la zagala con terror.

Y se echó á llorar amargamente.

Tomás sin decir nada la estuvo mirando mucho ra-

to; ella sollozaba y se limpiaba las lágrimas con el pañuelo que tenía al cuello.

—Pero, no, ahora no tengo esas ideas. Ahora no aborrezco á nadie sino á mí mismo, que soy tan pecador y tan malo. Porque Dios, como es tan bueno, ha hecho que vinieras tú á quitarme estas ideas de la cabeza; á despertarme el corazón que le tenía así como si fuera cosa muerta; á abrirme los ojos, que no vían antes sino horrores y cosas que daban miedo. ¿Si estaría yo loco, para pensar que te casarías con él? ¡Dios me perdone!

—¡Ay! es que tú no sabes lo que yo iba á hacer... Tomás: yo quería casarme con él para engañarle. Nada más que por el gusto de engañarle á él y de engañarlos á todos...

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Tú su mujer?—exclamó Tomás fuera de sí, colérico, demudado de voz y semblante.

—¡Sí! ¡yo también he tenido malos pensamientos!—contestó avergonzada y sollozando como Magdalena.

—¿Y cuando yo hubiese vuelto, Manuela? ¿No te aseguré que vendría?—dijo sordamente, apartándola del rostro ambas manos, con violento enojo, para mirarla cara á cara.

—Es que entonces hubiera sido tuya—repuso ella con firmeza.

Luego tornó á llorar, y él soltándole las manos estuvo sin decir nada por algún rato, confuso y preocupado.

Cuando fué dueña de sí, ella habló de esta manera:

—Yo dije que no le quería para marido; pero mi tía se incomodó conmigo como nunca. ¡No sabes qué cosas me dijo y cómo me maltrató! Hube de callar y fingir que le quería...

—Eso ya me lo figuré yo.

—La tía me dijo que con él tenía de casarme, y si no, que me enviaba á servir á Madrid. Yo me aguanté como te digo, pero con la idea de que no me casaba. Vino don Lucas á pedirme. ¡Ay, Virgen María de los Cardos! Tía Antonia me amenazó si no decía que sí, y dije que sí. Mas como tía Victoria nunca ha sido partidaria de esa boda, yo empecé con que quería venir á despedirme del agüelo, para pedirle que convenciera á mi tía. ¡Ay! en mal hora tuve tal idea. Sin duda se maliciaba algo tía Antonia porque no quiso dejarme venir sola, sino que vino ella conmigo, y aunque llorando y muerta de aflicción se lo dije al agüelo y á ella, sólo conseguí que regañasen las dos y que tía Antonia se enfureciera más conmigo. Cuando llegamos á casa me amenazó con hacer lo que ya había dicho: ponerme á servir. Mira, me entró tal coraje y tomé tal aborrecimiento á todos ellos: á la tía, al tío, al Esteban y á su padre, que nada más por gusto de engañarlos consentí en tomarme los dichos y en hacer todos los preparativos y todo. Y estaba en casarme. Como lo oyes. Pero esta noche he estado pensándolo todo, y como he visto que lo que iba á hacer es malo, es pecado... me he escapado, Tomás, para refugiarme en la Granjilla, y no casarme más que me envíen á servir.

—¡Ay, Manuela, qué desdichados somos!—murmuró Tomás con amarga tristeza.—Tú te hallas pobre siendo rica, sin libertad, llena de pena y temiendo que te envíen á servir fuera de aquí, lejos de mí... Y yo condenado á la pobreza y á la desventura, temiendo también que á la postre me lleven á ser soldado.

—Y todo porque los hombres son malos—dijo ella.—Esa es mi cuestión, Señor. ¿No somos buenos tú y yo? ¿No es verdad que á nadie queremos mal? ¿Qué mal hacemos á nadie con querernos? Mira, yo pensaba esta noche que el amor es cosa de Dios.

—No, no lo pensabas, Manuelilla. Te lo decía el mismo Dios al oído. Si tú sabes más que todos los sabios!—dijo Faquimo con inexplicable ternura, pretendiendo abrazarla, lo cual no consintió la moza.

—Pues bien: si es verdad todo eso que yo digo, ¿por qué los hombres han de mover guerras? Por fuerza Dios los maldice á todos cuando se matan. ¡Qué horror! ¿Y por qué ha de haber quintas? Dios mío! pues si los soldados no tienen otro oficio que matar, ¿cómo se confiesan y oyen misa? ¿Pues no son muy malos? Si tú me quieres: ¿por qué te llevan á ser soldado? ¿Por qué me matan el corazón? ¡Qué judíos! ¿Y por qué mi tía, ni nadie, ha de intervenir en que yo me case ú no? ¿Ves? son muy malos los hombres y nos hacen malos á nosotros: por eso hemos estado los dos tan extraviados, Tomás. Dime, ¿te has arrepentido ya de esas malas ideas?

—Sí, Manuela, ya lo estoy, y sólo de oírte las cosas que estás diciendo se me pone el corazón muy triste y me arrepiento más. Tienes razón: tú tan buena como eres y los hombres tan malos...

—Yo creo—repuso ella—que cada uno debía dejarse guiar por el corazón y nada malo le pasaría nunca, porque Dios está allí, como dice don Ezequiel.

Suspiró Manuelilla y suspiró Tomás, quedándose muy pensativos acerca de aquellas cosas que había dicho ella.

Después de aquella pausa preguntó él:

—¿Y qué vamos á hacer, Manuela?

—¿Pues qué hemos de hacer? Nada, ir tú al ejército y yo á servir á donde me envíen; y cuando volvamos, tú del ejército y yo de servir, nos casaremos...

—¿Yo al ejército? ¿Yo soldado?...

—¿Y qué quieres hacerle, Faquimo?

—¡Es que he jurado que no!

—Don Ezequiel te levantará el juramento. ¿Adónde

quieres ir, sino? Déjalo, que mientras el mundo sea mundo, yo te querré siempre... Anda, ahora vamos a la Granjilla, que pueden sorprendernos. ¿Ves? ya va a ser de día muy pronto.

Todavía hablaron algo más los dos enamorados. Faquimo porfió que no quería ir a la Granjilla; pero al cabo convinieron en que ella se presentaría antes y él al poco, sin decir nada de su encuentro.

Ella se levantó para irse, y él, deteniéndola suavemente, la dijo:

—En todo cuanto has dicho, consiento, Manuela; pero júrame que aunque te veas regalada en la corte, y seas como una señora (que yo he oído decir que entre las criadas de la corte las hay de mejor trato que las gentes principales de aquí) júrame que aunque este pobre Tomás es tan pobre y tan rústico, ¡le querrás siempre!

—¿Qué tonterías dices, Tomás? Ni eres ni pobre ni rústico. ¡Si tienes un corazón tan bueno! ¡Si me quieres tanto! ¿Cómo he de olvidarte yo? Después de Dios, tú, Tomás, tú... ¡Te lo juro!—murmuró con ingenuidad de un niño la enternecida zagala.

Entonces Faquimo se puso en pie, y abrazándola con dulzura, a lo cual ella no opuso resistencia, la besó tímidamente en párpados, labios y mejillas, estampando a la vez el beso de las lágrimas que la emoción y el reconocimiento le hacían verter, diciéndola:

—¡Hermosica! ¡Tú sí que tienes en el corazón y en esta cara a la Virgen de los Cardos! ¡Ahora sí que me arrepiento de esas malas intenciones que he tenido! Tú me has enseñado, tú. Me parece que Dios me perdona, porque me parece que me estoy confesando contigo y que me perdonas tú. ¿Verdad que me perdonas?

El mozo al decir esto se puso de rodillas y juntó sus manos oprimiendo las de Manuelilla.

—¿Tomás, me perdonas tú?—murmuró ella.

Las lágrimas de ambos contestaron con más precisión que los labios a su mutua demanda. Después Manuelilla tomó río abajo con dirección a la Granjilla.

Era casi de día.

